

aburre entre gente que no la comprende y de la que ella no tiene tampoco gran interés en ser comprendida.

De Novelli, de Zacconi, de la Mariani y de la Vitaliani está reciente el recuerdo.

Este año ha vuelto Tina di Lorenzo; inteligente actriz, que alguna vez ha debido renegar de su belleza, tantos eran á llamarla siempre bella, como si ese fuera todo su arte.

En la temporada anterior tuvo que vencer el desvío del público, algo fatigado ya de compañías extranjeras, no todas correspondientes al reclamo previo.

El público esperaba á la mujer, y le sorprendió la actriz. Hoy, para acudir á aplaudirla, ni se acuerda siquiera de que sea hermosa; verdad es que apenas aparece en escena vuelve á recordarlo, y nadie pide por eso que le devuelvan el dinero.

LAS TRISTEZAS DE DELOBELLE

Con toda solemnidad han sido trasladados los restos de Rafael Calvo y de Antonio Vico.

Hay tres espectáculos nacionales por excelencia: el primero, sin duda alguna, los toros —por lo menos hasta ver qué disponen los hombres serios, Solidaridad y Compañía y otras fábricas de regeneradores y reconstituyentes nacionales ó vecinales; — el segundo, el de pararse ante una obra en construcción á contemplar el acarreo de ladrillos y la elevación de sillares, y el tercero, este de trasladar cadáveres de hombres célebres de una parte á otra.

Esta afición sube de punto tratándose de autores y de artistas dramáticos. Por algo Shakespeare, conocedor de los suyos, conminó con terrible maldición al que se atreviera á removerle las cenizas.

Y es que Delobelle triunfa en estas solemnidades fúnebres. Nadie como él sabe ahogar un sollozo con arte y dejar rodar una lágrima silenciosa ante el cadáver del compañero, del amigo..., ¿qué digo?, ¡hermano! ¡Ah! Nadie como él posee el secreto de los mudos apretones de manos á los hijos y hermanos del difunto y de los nobles abrazos sin palabras con que se perdona y se olvida á un tiempo palabras gruesas que se cruzaron un día de acaloramiento ó sueldos no cobrados, que, ¡ay! no se cruzarán nunca.

Nada más solemne, más decorativo, que un duelo en que figuren comediantes. Los hombres políticos tendrán siempre que aprender mucho de ellos en el arte de enterrarse unos á otros.

¡Y las bellas actrices! ¿Quién igualará su noble gesto al arrojar brazados de flores y hojarasca sobre los muertos? ¿Y al enjugar con rápido movimiento ojos y boca con el pañuelo de encaje, el pañuelo que enjugó las lágrimas de Isabel de Segura y de todas las bellas damas que lloraron agravios ó desdichas por esos teatros?

No es de extrañar que el actor desee mostrarse al público con un sentimiento verdadero; por obligación de su profesión ha de presentarse siempre con sentimientos fingi-

dos. Todos los actores cómicos se pirran por parecer tristes. ¡Lo que ellos agradecen una notita sentida en un papelito! Por el contrario, los dramáticos quieren parecer alegres y joviales á todo trance. Pero unos y otros agradecen — y no diré yo que gusten de proporcionarse — estas ocasiones de dolor público, para demostrar al público que ellos, los que todos los días fingen dolor y alegría, saben llorar y sentir de veras.

Pero, ¡ay!, el público se sabe de tal manera sus voces y sus gestos, que al verlos pasar en el cortejo fúnebre, poseídos de verdadero dolor, de emoción profunda, ¿quien lo duda?, ese público cruel los recuerda en sus obras favoritas y á duras penas puede contenerse para no aplaudir al actor dramático y para no reírse con el cómico, y de ningún modo se contiene para no dejar de decir á la tiple guapa, que le alegró la noche antes con un tango: «¡Ahí, las mujeres!» ¿Y cómo evitar que ella no conteste con la más picaresca de sus sonrisas? Aunque pronto, recordando que va de comitiva fúnebre, recobra su seriedad y compostura.

¿Y no es lo más cruel de la profesión que todo parezca comedia en el comediante? Hasta cuando el dolor más hondo y la emoción más profunda les domine, como sin duda ha

sido al trasladar los restos de sus gloriosos compañeros Rafael Calvo y Antonio Vico.

Porque no soy yo de los que creen que estas grandes honras á los muertos no son muchas veces más que un pretexto para pequeñas exhibiciones de los vivos.

LA MEJOR OBRA

Al siguiente día del estreno de una obra me decía un amigo, refiriéndose al crítico que más la elogiaba.

—No podrás quejarte. ¡Vaya un bombo!

—Pues para los efectos, peor que si hubiera dicho que la obra era detestable.

—¿Por qué?

—Porque habla mal de la interpretación, y si para el público ya es un motivo (y el público necesita pocos) de no ver la obra, en espera de que el autor la imprima y leerla en casita tranquilamente, después de haber pedido prestado el ejemplar á un amigo, que á su vez lo será del autor y se lo habrá pedido á éste con su correspondiente dedicatoria, para Empresa y actores, ese lunar de la interpretación es falta imperdonable, de la que se culpa, en primer lugar, al autor de la obra.

¡Este hombre se empeña en escribir come-

dias sin papeles! ¡Estas obras en que sólo hay literatura y no hay teatro!

Y supuesto que el público pase por la mediana interpretación y acuda á ver la obra por la obra misma, no faltará pronto un pretexto para que desaparezca del cartel y del repertorio y, si fuera posible, del mapa.

La Empresa piensa, con razón, que una obra en que los actores, que le cuestan muy buen dinero, no están á la altura de la nómina, es una obra perjudicial al crédito de su compañía. Si Empresa y actores es todo uno no digamos; obra en que no se aplaude más que al autor, obra muerta.

¡Cuántos esperpentos teatrales logran vida inmortal sólo porque el actor ó la actriz que los estrenaron obtuvo en ellos un triunfo ruidoso, y la obra quedó como pieza de concurso ó caballo de batalla de todos los actores presentes y venideros!

¡Los *Sullivans*, *Adrianas de Lecouvreur*, *Carcajadas* y demás joyas del arte que habrán soportado los públicos sólo porque D. Julián Romea, doña Teodora y D. José Valero triunfaron en dichas obras!

El autor que acierte á proporcionar á un actor una situación ó un mutis de aplauso, ya puede contar con una obra imperecedera.

Y menos mal cuando el aplauso está en lo

que hace el actor; siquiera en este caso la vanidad está justificada. ¡Pero cuántos actores creen buenamente que los aplauden, no por lo que dicen, sino por su modo de decirlo!

Váyase por cuando vienen mal dadas para ellos y vienen á decirle al autor con la mayor solicitud:

—«Ya le dije á usted que esa frase era muy peligrosa», ó «no quiso usted hacerme caso cuando le dije que esta situación pesaba mucho...» Cuando los peligrosos y los que pesan suelen ser ellos.

¡El aplauso, el aplauso para el actor ante todo! Aunque perezcan los principios.

Llega una compañía dramática á un teatro de provincias, y el público desea ver algunas obras nuevas; pues como en esas obras no haya ocasión de aplausos para la estrella ó el lucero de la compañía se quedará el público sin verlas; en cambio, admirará una vez más el vasto repertorio de *triumfos personales* de la eminente ó del eminente que figure á la cabeza de la compañía.

Y con qué desdén compasivo suelen decir, cuando el público no acude á admirarlos en sus obras: «¡Cómo está el público! ¡No han querido venir á verme en *El tanto por ciento*, una de mis obras!»

—¡Está tan visto!—se atreve á replicar alguno.

—Sí; pero á mí no me lo han visto aquí nunca.

Que es una razón para que el teatro se llenase. ¡Digo! ¡La Fulana en *El tanto por ciento* ó Fulano en *Un drama nuevo* y el público en casa! ¡El público ya no quiere más que sicalipsis!... No, señores artistas; yo no sé lo que quiere el público; pero ya quiere decir algo cuando sólo por vuestro talento no acude á admiraros en esas obras, en que tanto les gustaríais si se tomara el trabajo de ir á veros.

En cuanto á los autores, quisiéramos algunos que nos ayudarais algo más en la tarea de educar al público, tarea siempre ingrata, es verdad, de la que no siempre recoge el fruto el que labró la tierra; en que debe atenderse, para no desalentar á cada paso, más á la propia satisfacción que al ruidoso aplauso... Esto sería una buena obra; pero es inútil. Para la mayoría de los actores la mejor obra es... la obra en que más le aplauden.

EL TEATRO DE LOS POETAS

Más de una vez he dicho que es ridículo hablar de romper moldes en el Teatro, y menos en el Teatro español, en donde, desde *La Celestina* á los autos sacramentales, hay moldes para cuanto en lo humano y lo divino puede ser llevado al teatro. No hay que romper nada, ni siquiera ensanchar; lo que sí es necesario es no limitar el Teatro á un solo molde, así sea el de última moda; lo necesario es que alternen en el repertorio de las grandes compañías obras de los más diversos géneros y escuelas, para ampliar los gustos del público, que siempre tendió á limitarlos y apenas ve cuatro obras realistas, en prosa, de su agrado, no duda en decretar que el romanticismo y el verso han muerto para siempre, y si por un feliz acierto lograran imponerse dos ó tres obras en verso, con la misma ligereza proclamaría que el realismo ya estaba muy pa-

sado y que el Teatro es sólo idealidad y poesía.

No; el Teatro, como el Arte en general, es todo y no puede ni debe vivir de exclusivismos; todos los géneros son buenos, hasta el fastidioso, cuando fastidia para algo. Eso sí, el fastidio por el fastidio no es admisible, como lo es el arte por el arte. Pero seamos sinceros: la primera vez que leímos el *Quijote* y la *Divina Comedia* y las obras de Shakespeare, ¿no estuvimos á punto de encontrarlos algo fastidiosos? Si nos hubiéramos dejado vencer de esta primera impresión para desistir de la lectura, ¿no hubiéramos perdido las más hondas emociones artísticas de nuestra vida?

Los más hermosos paisajes no están al alcance de nuestra vista sólo con abrir la ventana de nuestro cuarto todas las mañanas; hay que correr tierras, trepar por montañas, fatigar el cuerpo, para admirar hermosos paisajes.

¿Habría un solo wagnerista si en cada uno no supusiera la total y definitiva admiración por el maestro un esfuerzo de voluntad para llegar á la inteligencia, que, traducido en esfuerzo físico, bastara, no sólo á escalar montañas, sino á levantarlas en peso?

Pero nuestro público ama las llanuras, el más insignificante altozano le detiene, quiere

jardinitos muy urbanizados para pasear sin fatiga, aunque del paseo no traiga ni más aire en sus pulmones, ni más luz en sus ojos, ni una emoción, ni un pensamiento que él no llevara de su casa, un poco más sentados por el paseo higiénico.

¡Y si fuera sólo la voluntad y la inteligencia del público las que se resistieran! Pero es que tampoco podemos contar con su imaginación, que niega crédito á todo lo que no sea verosímil, de esa verosimilitud teatral, por la que dijo no sé quién, con mucho acierto: «La verosimilitud es el mayor enemigo de lo verdadero.» Porque no es realidad lo que pide el público en el teatro, es... su realidad, su idea y su sentido de la vida, que no suele ser de una amplitud en que haya comprensión para muy grandes cosas.

¡Ah, cuando el público dice «¡falso, falso!» á lo que él no sería capaz de pensar ó de hacer! Pero mucho peor cuando dice «¡falso, falso!» á lo que él piensa y hace; pero le desagrada que el vecino pueda pensarlo ó hacerlo ó sospechar que tales cosas pasan en el mundo.

Y, no obstante, si queremos que el Teatro no acabe por ser, como lleva camino, un competidor, con desventaja, del cinematógrafo, en donde todo entre por los ojos de la cara sin

que voluntad ni entendimiento ni imaginación del espectador tengan que poner nada, es preciso que pidamos al público algún esfuerzo mental, siquiera de imaginación, que es el menos penoso; no sea sólo el Teatro la realidad y su prosa: vengan también la fantasía y los ensueños y hasta el delirar de la poesía. El Teatro necesita poetas.

Por su cultura, por su dominio de la técnica, por la variedad de estilos, quizá no hubo nunca en España tal número de excelentes poetas como ahora. Entre ellos los hay que triunfarían en el teatro con la sola magia de su poesía. Sí; los poetas modernos de España nos deben un Teatro.

No cito nombres; pensad cada uno en vuestro poeta. ¿No creéis que sus obras de teatro — no digo teatrales — serían una delicia espiritual para los que ya estamos cansados de oír en el teatro las mismas vulgaridades de este vivir prosaico, ese Teatro en que hablar gramaticalmente ya es falsedad y decir lo que se piensa atrevimiento y decir lo que se siente lirismo.

¡Poetas de España, yo, que daría todas mis obras por un solo soneto de los vuestros, os lo digo con toda la verdad de mi amor á la poesía: venid al Teatro.

Os necesitamos para despertar la imagina-

ción del público, tan cerrada, tan dormida, que ya hasta la misma realidad le parece falsa si no es tan insignificante como lo es la vida, para el que sólo lleva en los ojos una lente de máquina fotográfica sin un alma dentro.